

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

DISCURSO REFLEXIVO
“LA FUERZA DE LA PALABRA”

OCTAVA SEMANA

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO A LA
PROFESORA GRACIELA TORRES LÓPEZ
EN CUMPLIMIENTO DE LOS REQUISITOS DEL CURSO
EDUCACIÓN PARA LA PAZ, EC- 410 (ONLINE)

POR
2548 - SYLVIA CINTRÓN HERNÁNDEZ

SAINT JUST, P.R
27 DE ENERO DE 2024

LA FUERZA DE LA PALABRA

Mientras reflexionaba en la expresión “la fuerza de la palabra” fueron surgiendo mil y una preguntas en mi mente. ¿Será que tendría que ver con la firmeza de nuestras palabras, o con lo violentas, o apasionadas que estas pudieran ser? Y en medio de un mar de preguntas, comencé a recordar varias estampas de mi vida que, quisiera compartir con cada uno de ustedes en el día de hoy.

Hace un tiempo, mientras caminaba rumbo a una farmacia, me topé con un señor evidentemente desprovisto de todo sustento para cubrir sus necesidades básicas. Rápidamente pensé, “En la farmacia le compraré algo de comida.” Y así hice, al salir le llevé una bolsa con alimentos, que él recibió con mucha gratitud. Para mi sorpresa, ese día recibí una invitación a cenar muy diferente; pues aquel sexagenario me dijo: “¿Por qué no te sientas conmigo y comes también?” Yo no tenía hambre, pero sentí a Dios invitándome, y me senté en la acera junto a él; y compartimos cerca de media hora. Ahí conocí su historia, sus logros académicos y laborales; pero también sus grandes decepciones en la vida...decepciones que le llevaron a tomar la decisión de abandonar todo, e irse a la calle. Mi nuevo amigo, quiso desconectarse de todo lo que conocía, y así había permanecido por varios años. Hablando con él, me di cuenta de que era famoso en esa área; muchos iban a traerle comida y le saludaban con cariño. Ese día gané un amigo que me enseñó a ver la necesidad con otros ojos. Me enseñó a sentir lo que él sentía, y le entendí.

Otro día, pero de madrugada, mientras caminaba junto a mi madre para llevarla al área de revisión en la sala de emergencia de un hospital, sentí que estaba entrando a una dimensión desconocida. Escenas y quejidos desconcertantes de evidente dolor físico, rápidamente se hacían cada vez más presentes en la medida que caminábamos por aquel pasillo, de luz tenue. Y

finalmente, llegamos hasta una butaca reclinable color azul; en donde comenzaron a administrar varios medicamentos a mi madre. Junto a ella, no sólo vi su dolor, también presencié la ignorancia al dolor ajeno. Abuelitos y abuelitas sin nombre...solos y desorientados; incapaces de entender las instrucciones que les daban con impaciencia y mal humor. Incapaces de poder ir al baño, o de buscar agua para tomarse el medicamento, porque la comunicación no era efectiva. Y es que, la peor comunicación es aquella que no se desea brindar.

No pasó mucho tiempo, sin que de repente me viera buscando botellas de agua, buscando hielo, poniendo la alarma para que no se me olvidará la hora que le tocaba el medicamento a uno de los pacientes, llevando a algún paciente hasta la puerta del baño o, buscando asistencia para que secaran el piso, y así evitar alguna caída. Puedo decir que esa noche trabajé en aquel hospital. Me sumé a las filas de aquellos empleados malhumorados...por el cansancio o Dios sabe qué.

Les comparto estas dos experiencias, porque desde diferentes plataformas se habla de ayudar al necesitado; y se ve bien y razonable, hablar de hacer el bien al prójimo. Pero la realidad es que la mayoría de las veces, este tema se convierte en un simple y hueco discurso, que pretende motivarnos a ser mejores personas en la sociedad; pero desde nuestra comodidad, y para nuestro beneficio. Una ayuda tan tímida, como lo es aquella ayuda de quien comparte las sobras o, las migajas que por descuido dejó caer. Es como aquel o aquella que pretende dar palabras de aliento a una persona con el rostro quemado; sin ser capaz de ver a la persona a los ojos.

Ay, ay, ay, amigos, amigas, hermanos y hermanas, hay ayudas que duelen al recibirlas. Hay ayudas que al darlas revictimizan a la persona. Son ayudas que sacian lo material, pero que desmoralizan a quien las reciben, porque les deshumanizan. Hay ayudas que, al darlas, pueden

calmar nuestra conciencia cívica; pero a veces vienen a ser como palabras que vuelan con el viento. Entonces, me pregunto... ¿cuánta fuerza tienen nuestras palabras?

En el camino...el buen samaritano vio al necesitado, le habló y actuó. En el camino... Jesús salió al encuentro de la samaritana, buscó conversación con ella, y suplió sanidad a través de sus palabras...firmes palabras, que, como ungüento sanador, renovaron la mente de aquella mujer. En el camino...Jesús miró, con ternura y salió en defensa de aquella mujer, a la que querían lapidar. En el camino...es en el camino, en donde nuestras palabras tienen el potencial de cobrar una fuerza tal, que transforme las vidas. Y es que, el camino nos da acceso a presenciar de cerca la falta de solidaridad empática, la falta de justicia y la falta de amor...de ese amor que te duele, que te hace sentir la angustia y la necesidad ajena, como si fueran tu propia angustia y necesidad.

¿Qué nos duele, hermana...hermano? ¿Qué nos conmueve y nos aprieta el corazón? ¿Cuál necesidad ajena, es tan grande que al verle nos hace movernos...aunque sea para dar un abrazo? Piensa, y piensa bien...porque ese es el llamado de Dios a tu vida. Un llamado que arde en el corazón; pero que, a la vez, se traduce en acción. Una acción que en medio de tanta orfandad, pobreza, desnutrición, guerra, injusticia, maltrato y violencia...nos da la posibilidad de alzar nuestras cabezas, y mirar hacia el futuro con esperanza viva.

Esa cultura de paz tan anhelada renacerá en nuestros corazones, cuando Rom. 12:15-16 se convierta en palabra y expresión viva que haga temblar todo nuestro ser, y nuestra conciencia. Ese día...justo en ese momento, cuando las palabras dejen de ser consonantes y vocales sonoras, que viajen con el viento...convirtiéndose así en acción, habremos descubierto la fuerza de la palabra. Entonces, ese día seremos capaces de manifestar una solidaridad y justicia genuina; porque podremos gozarnos con los que se gozan y podremos llorar con los que lloran. Hermano,

hermana, amigo, amiga...hoy, te invito a levantar nuestra mirada al Señor y Dios Todopoderoso.

Dejemos que sea Dios mismo quien ponga en nuestros corazones el querer como el hacer...

porque esa es la base para poder experimentar y vivir...LA FUERZA DE LA PALABRA.